

Entonces el que quedó sorprendido fué el empresario, viendo á mi madre ofenderse de una proposicion que él creia seria oida con la mayor alegría, é inclinándose con embarazo:

—Perdóneme vd., señora, dijo, pero habiendo tenido el gusto de haber oido ayer en público á esta señorita, su hija, habia creido.....

—Pues ha creido vd. muy mal, caballero, interrumpió mi madre, y como la buena señora estaba demasiado ofendida para reflexionar el alcance de sus palabras, contó en seguida la razon que me habia hecho presentarme así en público, ponderó mi talento, mi mérito, y exageró la curiosidad que tenia todo el mundo por oirme.

El empresario escuchó atento aquella relacion y una ligera sonrisa de triunfo que vagaba en sus labios me hizo sentir que juzgaba ganada su causa, y á la verdad, me alegraba, porque el demonio del orgullo se habia apoderado de mi corazon. Así es que, en lugar de ayudar á mi madre á combatir al tentador, me puse del lado del tentador contra mi madre.

¡El clima de Valencia seria tan bueno para nuestro querido enfermo... mi sueldo le haria vivir tan bien!... porque ante las dificultades puestas por la madre el director habia ido aumentando sus ofertas. En una palabra, para concluir, venció el empresario, y quedó firmado mi ajuste.

Despues de haberle dado la mano en señal de asentimiento, me arrojé en los brazos de mi madre para sacar de ellos fuerzas.

—Bien sabe Dios que solo por tu padre consiento en sacrificarte, hija mia, exclamó la buena señora despues que se marchó el empresario, porque si en mí hubiera consistido, mejor hubiera querido arrancar cantos con los dientes que verte cómica. Pero tal vez el buen clima en que vamos á vivir, y la comodidad que, gracias á tí, tendremos, le devolverán la salud. Entonces volverás muy pronto á nuestra casa, y Dios, sin cuyo permiso nada sucede, nos perdonará lo que vamos á hacer por la buena intencion con que lo hacemos.....

Despues me cubrió de besos y de lágrimas.

Al día siguiente tomábamos el camino de Valencia. Mi primera salida fué allí brillante, y como fuera de mis deberes de teatro vivia enteramente con mi familia, tan distante como extraña á toda intriga de bastidores, el público me acogió con bondad, y me mostró extrema simpatía. Era verdaderamente feliz, porque, se lo confieso á vd., tenia pasion por mi arte, cuando la muerte de mi madre, que aconteció como un terrible rayo, me sumergió en la mas terrible desesperacion. Lo habia perdido todo con ella, mi guía, mi sosten, mi proteccion. ¿Qué iba á ser de mí, sola en el peligroso camino que seguia?.....

Con terror me preguntaba esto á mí misma, sin saber qué responderme, y pedia con fervor á mi pobre madre que velase por mí desde el cielo, cuando una inesperada visita me hizo conocer que habian sido oidas mis oraciones.

Una señora de aspecto noble y severo se presentó una mañana en la pieza que yo tenia destinada para cuarto de estudio, y donde no recibia si no á los que venian á hablarme de asuntos del teatro, porque no queria se hablase de esto en las habitaciones de mi padre; me parecia que era profanarlas:

—¿Es vd. la señorita Laura?..... me preguntó mirándome.

SEGUNDA SERIE.—1861.

me fijamente, cual si hubiera querido leer en el fondo de mi alma.

Laura era el pseudónimo que habia tomado para presentarme en la escena.

—Si, señora, la respondí con embarazo, porque su mirada me imponia á pesar mio.

—Entonces me permitirá vd. que me siente, añadió tomando una silla; y ruego á vd. que me oiga con mucha atencion. Soy la baronesa de Risco-Alto: tengo un hijo, y este hijo desea casarse con vd.

A un gesto de asombro que hice, aquella singular señora, cogiéndome del brazo, continuó de esta suerte.

—No me interrumpa vd., porque yo me quedé mas sorprendida que lo está vd. en este momento, y debe vd. de creerlo, al hacerme mi hijo esta declaracion. Me opuse con todas mis fuerzas por la posicion de vd. Mi hijo me contó su historia de vd., que se habia vd. sacrificado por su padre enfermo, que continuaba vd. viviendo en los modestos deberes de la familia, á pesar de su talento y de sus triunfos. En fin, ¿qué le diré yo á vd., señorita? amo á mi hijo. No tengo en el mundo mas que á él... Su salud es delicada... En fin, he cedido, y vengo á pedirle á vd. su mano para él. Para esta union los dos ponemos una condicion espresa, y es que nadie sabrá que vd. ha sido cómica, y que jamás bajo ningun pretexto se ha de presentar vd. en un teatro á representar, aunque sea en un teatro casero ó de sociedad. Aqui es desconocido su nombre de vd., y su persona poco menos, porque ha vivido vd. tan separada de las gentes del teatro, que en poco tiempo la olvidarán. Rompa vd., pues, su escritura: para eso le daré á vd. el dinero necesario, y váyase vd. con su padre á Barcelona, donde en breve iremos á reunirnos con vds. mi hijo y yo, y se verificará su matrimonio allí.

Confusa quedé, como puede vd. figurarse, al oir aquella singular propuesta. Alegué diversos pretextos para tener al menos tiempo de reflexionar un poco, pero la baronesa batió en brecha todas mis razones: habia tomado su partido, y queria que antes de separarse de mí tomase yo el mio tambien. Consentí en lo que me pedia, en lo cual nada arriesgaba.

O el matrimonio se hacia, y la posicion que me ofrecia era bastante ventajosa para lisonjear á la muger mas orgullosa, ó no se hacia, y la reputacion de mi talento estaba bastante bien establecida para que cuando quisiese pudiese encontrar otro ajuste, aun con mayores ventajas que el que rompía.

Seguí, pues, al pié de la letra el programa que me habia trazado la baronesa, y á poco tiempo despues era yo la baronesa de Risco-Alto.

Mi marido el baron era un excelente jóven de una bondad y dulzura sin igual, pero desgraciadamente tambien de una grande debilidad de carácter, efecto de su quebrantada salud, porque como me lo habia dicho su madre, su salud parecia pendiente de un hilo; así no solo me consagré á él con toda la abnegacion de una esposa, sino con toda la ternura que hubiera tenido por un hijo, si el cielo se hubiera dignado concedérmelo, y me unía á él tanto mas profundamente, cuanto que á poco tiempo de mi matrimonio tuve la desgracia de perder á mi padre, y de consiguiente de no tener en el mundo á nadie á quien amar, mas que á mi querido marido. La baronesa viuda vivia con noso-

AÑO XIX. 27.



tros, y me pagaba con toda su alma el afecto que profesaba yo á su hijo. Así nuestra union de familia, la pingüe fortuna de que gozábamos, fortuna que nos permitía aliviar tantas miserias y consolar tantos dolores, nos prometía un seguro feliz porvenir, cuando un terrible golpe vino á trastornarlo todo.

Una mañana, hallándonos los tres reunidos en esa grata é íntima conversacion que embellece las horas de la vida, entró un criado y dió á mi marido una carta que acababa de llegar. La abrió, la leyó, y dando un gran grito cayó desmayado en el suelo.

Su madre y yo llenas de terror, nos precipitamos sobre él, lo alzamos en nuestros brazos, tratamos de hacerle volver en sí, pero cuando logramos que abriese los ojos, la incoherencia de sus palabras nos hizo conocer que tenía un horroroso delirio. Enviamos á toda prisa á buscar un médico, y entretanto lo metimos en la cama tiritando con el frio de la calentura.

¿Qué contenía aquella malhadada carta? me preguntará vd. Contenia el anuncio de nuestra ruina, y la cabeza del baron era demasiado débil para soportar con valor aquel terrible golpe.

Largo tiempo permaneció entre la vida y la muerte, y cuando llegó á salvarse el infeliz se habia quedado ciego!...

Al pronunciar estas palabras dejó la baronesa caer la cabeza entre sus manos, y guardó un profundo silencio durante algunos instantes, cual si hubiese querido recogerse en aquel triste recuerdo: despues volvió á levantarla, lanzando un profundo suspiro.

Pero no fué éste el único terrible dolor que debia afligirme, continuó con una voz muy conmovida, porque al saber esta horrenda noticia la desgraciada madre cayó herida de una apoplejía fulminante que nos la arrebató en pocos instantes, sin dejarme ni aun el triste consuelo de llorarla, porque apenas habia espirado, cuando el médico que conmigo la habia cuidado, me llamó aparte y me dijo con una gravedad que mostraba toda la verdad de sus palabras:

—Va vd. á tener que cumplir un penoso deber, señora baronesa, porque es preciso que ignore su marido de vd., no solo la muerte de su madre, sino que crea que es falsa tambien la noticia de su ruina, y sinó yo no respondo, ni de su razon ni de su vida. Está tan débil.... y tan afligido de su enfermedad, que sin embargo de que sea temporal, es preciso que tengamos lástima de él.... y ¡vd. la tendrá! Conozco demasiado su talento, y estoy seguro que reemplazará al ángel que acaba de perder!...

Separóse despues de mí el doctor, dejándome entregada á mi desesperacion, y creyendo con razon que mis propias reflexiones serían mas poderosas que sus palabras.

Pocos instantes despues volví á entrar en la alcoba de mi marido.

—¿Y mi madre?... me preguntó en cuanto me sintió. He creído, por lo que se hablaba cerca de mi cama, que se habia desmayado. ¿Qué ocurre, pues, Dios mio!

—Ocurre un nuevo disgusto, le respondí, procurando dar firmeza á mi voz, que tu madre se ve obligada á dejarnos...

—¿Dejarme cuando estoy enfermo!... exclamó tristemente mi marido. Me pasma, porque conozco su corazon... ¿Y á dónde tiene necesidad de ir?... Dila que venga ella misma á decirme.

—Pero si ya se ha marchado, le contesté disimulando mi llanto.

—Se ha marchado sin abrazarme.... murmuró, ¡oh! mal hecho.... ¡muy mal hecho!...

—Pero si hubiera entrado para abrazarte, no hubiera tenido valor para separarse de tí, le dije con ternura, y era indispensable su viage, porque es para tu bien.

Inspirada entonces por Dios que sostenia mi valor, conté al pobre enfermo, que con la esperanza de salvar nuestra fortuna, que no se habia perdido, y si solo se hallaba comprometida, habia tenido su madre que marcharse con tanta precipitacion, para hacer unas reclamaciones que exigian su presencia.

Esta esperanza que yo hacia brillar aun en su fatigada imaginacion, le causó mucho alivio, porque á poco despues se durmió con ese benéfico sueño que da á los enfermos descanso y consuelo.

Ya me tiene vd. otra vez condenada á luchar para engañar á un pobre enfermo, y hacerle creer que la felicidad y la riqueza reinaban en una mansion donde todo lo habia invadido la desgracia y la miseria: y esta segunda vez era mas difícil mi empresa que la primera, porque debia representar en mayor escala esta triste comedia. Habitado mi marido á aquella opulencia, á aquella comodidad que mi pobre padre jamás habia conocido, no tenia yo recursos, y además me faltaba el apoyo de mi madre, que tenia entonces.

Como ella habia hecho con sus modestas alhajas, vendí yo mis ricas joyas, y mi plata labrada propias de una princesa. Mi marido estaba ciego, y podia ocultarle estos sacrificios muy bien: pero como estaba convaleciente tambien, y necesitaba manjares mas delicados, un coche siempre á su disposicion, un ayuda de cámara noche y dia á su lado, estos recursos que hubieran podido mantener por mucho tiempo una familia pobre, se consumían con mucha celebridad.

Gracias á estos sacrificios y á estos cuidados, iba restableciéndose muy poco á poco mi pobre enfermo.

—¿Ha arreglado nuestra buena madre nuestros negocios, como esperábamos cuando recibimos de ella todo el dinero que necesitamos? me preguntaba con frecuencia.

—Si, querido, le respondía yo inmediatamente, todo va tan bien como podemos desear.

Y el pobre enfermo exhalaba un suspiro que aliviaba su corazon, añadiendo:

—¡Bendito sea Dios!.... porque te lo confieso, no hubiera tenido valor de soportar la miseria, me hubiera muerto de pesar.

Y tanto comprendia yo que aquellas palabras eran la expresion de la verdad, que redoblaba mis esfuerzos para ocultarle esta terrible verdad!...

A medida que iba adelantando la convalecencia de mi marido, y que se iba aproximando á su término, me hablaba mas y mas de su madre.

—Ya ahora voy estando bastante fuerte, y podemos ir á reunirnos con ella, me decia. Házlo disponer todo, y ponámonos en seguida en camino. Me dices que ha tenido que ir á París á donde se habia ido el banquero en cuya casa teníamos la mayor parte de nuestros fondos, pues bien, vámonos, y con eso consultaré para mi vista con los mejores médicos, porque el de aquí me mata con su lentitud.



Me decía que solo duraría mi ceguera mientras durase mi enfermedad, y ahora que estoy ya casi restablecido, no veo por eso mas.... ¿Me quedaré para siempre ciego?... añadia poniéndose pálido y estremeciéndose todo alzado.

Y yo entonces tenía que reirme para con él, cuando tenía la muerte en el alma; pero sabía que al lado de los enfermos, la alegría que se finge les engaña mejor que cuantas palabras pueden decirseles.

Después sentía en mi alma grandes escrúpulos. Yo no me pertenecía, había jurado no presentarme jamás en público, y esto *bajo ningún pretexto*. En fin, me veía combatida entre dos sentimientos extremos, el de obedecer á la promesa que había hecho al hombre que á cambio de ella me había dado su fortuna y su nombre, y el deseo de engañarle para salvarle.

¿Qué debía hacer, Dios mío!

Un nuevo incidente vino á aumentar todavía mi perplejidad. Supe que el director de un teatro español que con gran voga se había abierto en París, se hallaba entonces en Barcelona tras de una joven trágica, para hacerla volver, porque una mañana, sin mas ni mas, y por un capricho, había roto su escritura, y se había fugado de Francia, dejando en el mayor compromiso al empresario, tanto mas cuanto que la actriz se negaba á volverse con él. Se hablaba de esto en todo Barcelona, y á pesar de la vida retirada que hacia, pronto llegó á mí esta noticia.

¿No era una ocasion que me presentaba la Providencia?...

Aquella noche dormí con ese sueño inquieto y penoso con que duermen las personas agitadas de una triste y violenta preocupacion, me pareció ver en sueños á mi suegra la baronesa viuda de Risco-Alto que relevándose de mi promesa me mandaba para salvar de la miseria á su hijo volviere á la escena, prometiéndome su amparo y proteccion en esa carrera sembrada de escollos y peligros para la virtud, velando por mí desde el cielo, como había velado mi pobre madre cuando hice mi primera salida en el teatro de Valencia.

Desperté bañada de sudor, pero completamente decidida sobre el camino que debía seguir, porque miré mi sueño como una inspiracion del cielo.

A la mañana siguiente me presenté en casa del empresario. Era un hombre de cabellos blancos, y cuyo aspecto me inspiró tal confianza que creí poderle hacer una confesion general de mi posicion presente, de la pasada y de mis deseos.

Me escuchó con una profunda atencion.

—Señora baronesa, me dijo, cuando hube terminado mi historia, la confianza que vd. acaba de hacerme me honra sobremedera, y sería indigno de ella si sobre todo esto no guardase el mas profundo secreto, pero como los negocios no se hacen con el corazón, sino con la razon únicamente, vea vd. lo que creo poder proponerle. Vengase vd. á París, yo me encargo del viage. Hará vd. su salida en el teatro. Si gusta vd. formaremos una escritura lo mas ventajosa que sea posible para vd. Si no gusta vd., ¿cómo ha de ser?... mas tarde... cuando vd. pueda, me reintegrará vd. los desembolsos que por su causa hubiese hecho. ¿Le acomoda á vd., señora?

Me pareció tan juiciosa esta proposicion que inmediatamente la acepté, haciendo prometer al honrado francés en caso de salir bien, ó de salir mal, ocultar siempre á todo el mundo mi posicion, y mi nombre.

—Yo sabré disfrazarme tan bien, le dije, que nadie, aun

mis mas íntimos amigos me conozcan jamás. Cuento con vuestra palabra, caballero.

Comprometiéndose solemnemente á cumplírmela y me volví á mi casa, mas tranquila que hacia tiempo lo había estado, porque descansa verdaderamente el alma cuando se decide al fin á tomar una resolucion despues de una larga lucha.

—¿Qué acaba de sucederte, querida, que parece que estás tan contenta?... me preguntó mi marido que con la esquisita penetracion que acompaña siempre á los ciegos, había adivinado mi alegría. Dame pronto parte de esa ventura para que yo participe de tu gozo...

Aproveché con presteza aquella ocasion que se me presentaba.

—Estoy tan contenta, le dije, porque acabo de saber que en París se halla ahora un oculista alemán célebre que ha curado en muy pocos dias á un joven que tenía igual enfermedad que tú, y así he decidido que nos marchemos inmediatamente para encontrar, lo mas pronto posible, á ese famoso oculista, y nos viene tanto mejor, cuanto que tu madre ha tenido que marcharse á Londres siguiendo á su banquero.

—¿Con que todavía no voy á volver al lado de mi buena madre? dijo dando un profundo suspiro.

—Y no es mejor, le dije, que ahora se haya ido á Londres, para que al volver no tenga el dolor de verte ciego, porque aunque sea momentánea esta enfermedad, siempre le afectará mucho el verla. Además tu cura por ese célebre oculista me aseguran que será cosa de muy pocos dias.

¡Es tan fácil engañar á un ciego! El baron cedió, y se resolvió nuestro viage.

En el teatro español de París, como en Valencia, fué completo mi triunfo, y entonces comenzó para mí esa doble vida que es el mas cruel de los suplicios. Para mi marido y el mundo en donde vivíamos segun nuestra clase, era la baronesa de Risco-Alto, joven española, linda y bastante caprichosa para descuidar á su marido enfermo que le adoraba, y para todo París, escepto para mi empresario, era la Concha Ramirez, actriz de gran talento, y de mayor orgullo todavía, porque no permitia que se me acercase ni tratase nadie.

Como Concha Ramirez habitaba en un modesto cuarto donde no recibia sino en las horas de trabajo cuando tenían que hablarme de cosas relativas á mi profesion, porque fuera de estas estaba invisible. Una criada vieja era toda mi servidumbre, y por ningun oro del mundo podia venderme, porque por de pronto ignoraba completamente mi vida, y además era tan sorda como una tapia.

Todas las mañanas con cualquier pretexto, pero siempre durante el sueño del baron, me escapaba de la lujosa mansion que habitaba con él, me disfrazaba y me deslizaba en la humilde casa de la pobre cómica; despues volvía quebrantada de fatiga para la hora del desayuno de mi marido.

Trabajaba dos veces á la semana, y ¡de cuántos pretextos no tenía que valerme para estar libre! aquellas dos noches, y para no comer á la hora de costumbre! Así es que no solo á los ojos de las gentes de mi casa, sino á los de todo el mundo, parecia que abandonaba al pobre enfermo, por el que sacrificaba mi vida.

Con gran resignacion soportaba esta injusticia de todos, pero el ver participar de este error á mi marido quedó profundamente lastimado mi corazón.



—Debería de conocerme mejor, es un ingrato, decíame yo á mí misma siendo injusta á mi vez, porque, en efecto, todas las apariencias estaban contra mí, y yo no podía ser juzgada sino por las apariencias.

Mi pobre enfermo se iba poniendo cada vez mas triste y melancólico, yo lo veía con dolor, y no podía remediarlo. ¿Qué podía yo hacer? Mi trabajo era su existencia, mi secreto era su vida.

En vano redoblaba mis cuidados y mi ternura, aumentaba con esto su pena lejos de disminuirsele, porque creía entonces que se unía mi disimulo al abandono.

—Te canso, mi pobre Antonia, me decía muchas veces. ¡Ay! que carga tan pesada soy para tí. ¡Qué alegre y que brillante hubiera sido tu vida sin mí!.. Juventud, talentos, triunfos, todo te lo he arrebatado... Déjame reunido con mi madre, y recobra tu libertad! añadió hecho un mar de lágrimas.

Le consolé lo mejor que pude, pero mis nuevas y forzadas ausencias volvían á reproducir sus quejas y reconvenencias que me desgarraban el corazón.

Una de las noches que tenía libres, mientras sentados los dos tristemente en un sofá sin hablarnos ni una palabra estábamos ambos preocupados, interrumpió de pronto mi marido este triste silencio.

—¿Por qué no me has hablado de la maravillosa estrella de que se ocupa todo París? ¿Acaso tendrás envidia de ella, querida mía?

—¿Qué estrella? respondí maquinalmente, muy agena de lo que quería hablarme.

—¡Toma! de la Ramírez, de quien todo el mundo se hace lenguas, me respondió vivamente. ¿En qué estabas pensando que no has caído en lo que quería decir al hablar de la brillante estrella?

Confusa me quedé al oír estas palabras, pero ¡cuál no fué mi terror cuando siguió diciéndome mi marido:

—Yo quisiera oírla, y mucho te agradecería que me llevases al teatro español...

—¿Tú quieres ir al teatro?.. contesté tartamudeando.

No solo se equivocó el baron sobre el sentido de mis palabras, sino tambien sobre el tono con que las dije, tomando mi sorpresa por desden, y así me dijo con dolorosa acritud:

—Si, yo... ¿Te admira que un pobre ciego quiera gozar del placer que disfrutan los demas, no es verdad?

Al oír estas palabras me deshice en lágrimas, y estrechando en mi pecho la cabeza de mi querido enfermo se la cubrí de besos y de lágrimas. Tomó por arrepentimiento la efusión de mi corazón.

—¿Con que no me abandonarás ya, querida? me dijo con una voz que ahogaban los sollozos, ¡soy tan desgraciado lejos de tí!.. Piensa que tú eres todo para mí, mis ojos, mi vida, mi alma... ¡Ah! te lo suplico, no me abandones si no quieres que muera!..

¿Qué podía yo responder á tan dulces y tiernas palabras? Promesas que me era imposible cumplir? ¡Ay! ¿No dependía nuestra existencia de mi trabajo? y mil veces aun mas que mi existencia, la comodidad, el regalo de mi marido, y las visitas del célebre oculista alemán que pagaba á peso de oro, y que hubiera querido pagar á costa de mi sangre, pues que me daban el mejor de todos los bienes, ¡la esperanza!.. El doctor me habia positivamente asegurado que en menos de un año devolvería la vista al baron...

Un tierno beso fué toda la respuesta que pude dar á mi marido, que la tomó por una promesa.

—Gracias, me dijo, sonriendo en medio de sus lágrimas como un niño; gracias, y pues que mereces una penitencia, añadió amenazándome con el dedo, te condeno á que mañana me lleves á oír á la Ramírez en el *Desden con el desden* de Moreto, en el que dicen que hace divinamente su papel.

Fingí consentir en este proyecto, dejando para el día siguiente el buscar un pretexto de salir de mi apuro, mi marido se puso muy contento, y del mejor humor.

—Es preciso, me dijo, Antonita, que te confíe ahora un secreto. Se van aclarando mis ojos, comienzo á distinguir un poco los objetos, y el doctor piensa que antes de un mes recobraré la vista del todo. Para no cansarla me hace llevar estos grandes anteojos negros, de que tanto te has burlado, picarilla! Mira lo que con tanto cuidado te ocultaba, querida, porque...

De pronto paróse el baron al decir aquella palabra, poniéndose encarnado y tartamudeando, y continuó con cierto embarazo:

—Porque quería sorprenderte con mi completa curacion, dejándote ignorar sus adelantos.

Demasiado preocupada con mis inquietudes desgraciadamente no me fijé en este incidente *vigap anhaberme* hecho mas precavida, y nos hubiera evitado un gran disgusto á los dos. No ví mas que el hecho, y felicité á mi enfermo por su lisonjera esperanza.

Al día siguiente antes de despertarse el baron, fui á ver al empresario, que se habia hecho muy amigo mio, y le conté el apuro en que me encontraba. Tomose en él el mas vivo interés, y decidió no solo suspender la representacion de aquella noche, sino tambien que el aviso no se diese sino á la hora de entrar la gente en el teatro, por *indisposicion repentina de la actriz la señorita doña Concepcion Ramirez*.

Encantada con aquella disposicion, volví mas pronto á mi casa y me metí en la cama antes de que nadie se apercibiese de mi ausencia.

Solo el viejo ayuda de cámara del baron estaba en el secreto.

Apenas acababa de volverme á acostar cuando entró mi marido en mi alcoba.

—¡Perezosa! me dijo alegremente, yo no he podido dormir en toda la noche, pensando en cuanto vamos á divertirnos hoy juntos. Me dirás que soy como los niños, y tendrás razon..... Pero un enfermo es como un niño que necesita del apoyo y proteccion de todos.....

Respondí á mi marido en el mismo tono alegre con que habia comenzado á hablarme, y añadí:

—Para que la diversion sea completa no nos separaremos hoy en todo el día. El tiempo está muy hermoso, iremos á almorzar al campo, comeremos temprano, y nos vestiremos despues para ir al teatro, donde ya he enviado á buscar un palco, el mas inmediato que se pueda á la escena para que oigas bien.

Me dió las gracias por mi buen pensamiento, y pasamos juntos todo el día como habia trazado en mi programa. Cuando llegamos á la puerta del teatro nos hallamos con el anuncio de haberse suspendido la funcion y lo sintió sin imaginarse siquiera la verdad.

Como desgraciadamente al día siguiente tuve que volver



á comenzar mi vida de trabajo, volvió tambien mi marido á sus inquietudes y dolor.

Pásose así algun tiempo, y un día llegó á su colmo mi desesperacion cuando al volver á mi casa, supe que no estaba ya en ella mi marido.

La víspera habia enviado á su ayuda de cámara á hacer un corto viage con un pretexto aparente, pero que no escitó sospechas de nadie, para alejarle sin duda, porque sabia cuanto me queria, y temia alguna indiscrecion de su parte. Durante mi ausencia por la mañana habia hecho trasladar todos los efectos de su uso y servicio personal á una fonda, y habiendo pagado generosamente al criado que le habia servido de guia para estar seguro de su silencio, le habia mandado volver á casa, para decirme que no le aguardase ya mas.

Comprenderá vd. cuán cruel seria mi dolor al oír aquellas palabras que con un desprecio sin igual pronunció aquel criado gozoso de poder insultar á su ama.

Tan terrible fué sin duda mi desesperacion que aquel hombre tuvo compasion de mí, porque me dijo tartamudeando:

—Sin embargo, si la señora quiere que le diga á donde he llevado al señor....

—¡Habla! exclamé quitándome una rica pulsera que adornaba mi brazo, y arrojándosela, habla..... habla pronto....

Me dijo el nombre de la fonda á donde habia llevado al baron. Corrí allí como una loca. Ya no estaba allí mi marido.... y no se sabia á donde podria haberse ido.

¿Qué hacer?... ¿Qué iba á ser de mí entonces?... ¿A quién dirigirme para obtener un apoyo?... ¿Al mundo?... Me miraba como una muger ligera y sin corazon, se hubiera reido de mi desesperacion... ¿A mis admiradores?... ¿Con qué título la Ramirez podia interesarse por el baron de Risco-Alto?... Caminaba en un horrible laberinto sin mas senda que mis dolores.

Mi empresario era mi único amigo verdadero, me presenté en su casa para contarle mis penas, y pedirle consejo, pero como estaba fuera de su casa, le escribí una carta rogándole que fuese en cuanto volviese á mi habitacion de actriz, porque tenía que comunicarle una cosa urgente, y muy importante.

Me fui inmediatamente á aguardar en mi habitacion al empresario, y al llegar me encontré con que éste habia venido á buscarme y me estaba esperando, para que me probase un magnífico traje de duquesa con el que debia de presentarme aquella noche en la comedia del *Vergonzoso en Palacio*.

Le conté mis penas, le pedí sus consejos y su apoyo, me escuchó con interés y me prometió ambas cosas, y me instó á que me probase el traje pues en la representacion de la noche debian de asistir los emperadores.

Fueme preciso obedecer: con la muerte en el corazon me adorné de aquel rico traje de duquesa, y apenas habia salido de mi tocador para presentarme en la sala donde estaba el empresario, se abrió violentamente la puerta y en el dintel de ella se mostro la figura pálida, y amenazadora del baron.

—¡Con qué es verdad!... exclamó, lanzándose hácia mí con los brazos estendidos como para maldecirme. ¡Con qué es verdad!... ¡Y yo lo dudaba todavía!... ¡Horror!... ¡Horror!

—¡Esposo mio! dije arrojándome á sus pies, y sollozando. ¡Esposo mio! óyeme.

—¡Para qué he de escuchar á vd! Para que vuelva vd. á engañarme, señora! exclamó con desprecio. No lo espere vd.... Hace mucho tiempo que dudo.... hace mucho tiempo que espío á vd..... porque yo tambien le engañaba á vd., añadió con una risa sardónica, porque yo le ocultaba á vd. que veo.... Oye vd., señora, veo.... Un día he ido á ver á la Ramirez.... y lo he adivinado.... lo he comprendido todo.... La vida de la familia le fastidiaba á vd.: necesitaba triunfos, aplausos.... la ternura de su marido de vd. la cansaba. Necesitaba vd. flores, coronas... Por eso me ha separado vd. de mi madre, ella tenía vista, y le hubiera impedido á vd. ser perjura.... pero un pobre ciego no podia mas que ser el juguete del loco orgullo de vd!

—¡Pobre esposo mio!... murmuré yo en medio de mis lágrimas.

—Si, exclamó, ¡pobre esposo! porque ha creído en la ternura de una muger sin corazon: ¡pobre esposo! porque ha creído en el reconocimiento de una muger sin alma. ¡Pobre esposo! porque habia cifrado toda su felicidad en su union con una muger sin costumbres....

—¡Calle vd., caballero, porque está vd. blasfemando!... gritó con voz terrible el honrado empresario que habia asistido con dolor á aquel horrendo paroxismo de un funesto error. No es esta señora la que debe de estar de rodillas, sino vd. es el que debe de postrarse á los pies de este ángel.

Y aprovechando el estupor en que nos habian dejado á los dos estas enérgicas palabras, dió á mi marido la mas cumplida esplicacion de mi conducta.

Me es imposible el expresar la desesperacion del baron al oír aquella revelacion. Besábame las manos pidiéndome perdon, me abrazaba tiernamente dándome las gracias por mi abnegacion, mostraba por último un vivísimo dolor, un arrepentimiento sin igual.

—¿Que diré á vd., señor cura, que no presienta, añadió la baronesa dando un profundo suspiro. ¡Ay! fué demasiado violento este golpe para una organizacion tan debilitada y enferma: porque mi pobre esposo al mismo tiempo sabia su ruina, la muerte de su madre, y mi vuelta á mi antigua profesion. Así es que á pesar de todos mis cuidados se fué apagando su vida poco ó poco, habiendo sin embargo tenido antes de morir el consuelo de recobrar su fortuna, y hacerme volver á ocupar la posicion social de que habia bajado voluntariamente yo solo por él....

Luego regresé á España, y me he venido á establecer en este pueblo de Castilla.

Ahora no me preguntará vd. ya porque me intereso tanto por los ciegos, dijo con tristeza la baronesa de Risco-Alto, y cuento con que dará vd. racion doble al pobre Calisto, así como á mi ciegucecita Magdalena!....

—Esté vd. segura de que los ciegos serán siempre preferidos.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

MORAL. La moral tiene un tribunal mas alto y temible que las leyes. No solo quiere que evitemos el mal, sino tambien que hagamos el bien; no solo que aparezcamos virtuosos, sino que lo seamos en realidad. Porque no se funda en la opinion pública, á quien puede sorprenderse, sino en nuestra estimacion que no nos engaña nunca.

Pascal.



## DOLORAS Y CANTARES

POR

DON RAMON CAMPOAMOR (1).

## DOLORAS.

## LAS DOS ALMAS.

—¿A dónde vas, alma mía,  
hacia ese mundo perdido?

—A ser alma de un nacido  
la Omnipotencia me envía.

Y tú, alma mía, ¿qué vuelo  
sigues ganando la altura?

—Dejo á uno en la sepultura,  
Y voy caminando al cielo.

—Puesto que subes, hermana,  
y te hallo al bajar al mundo,  
dime si es.... —Un caos profundo  
que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,  
hermana, bajas ahora;  
por que vas, siendo señora,  
á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,  
sigue en loco devaneo,  
cada potencia un deseo,  
y un gusto cada sentido.

Pues de ánsia de goces lleno  
busca el oído armonía,  
el paladar ambrosía,  
é impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma  
van los sentidos gozando,  
mientras que á merced flotando  
va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,  
y en tan contrarios vaivenes,  
si el alma delira bienes,  
acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,  
y el alma adorando el cielo,

siempre están, en su desvelo,  
carne y espíritu en guerra.

—¿Pues si ya, el cielo ganando  
dejáste cárcel tan fiera,  
por que al aire, compañera,  
vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo  
séres que también se adoran,  
y que al dejarlos se lloran,  
como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,  
y al mundo voy que tú dejas,  
llevemos, pues, tú mis quejas  
y yo tu llanto en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,  
cuando le muestre tu llanto,  
muéstra mis ayes en tanto  
al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde  
de mi cautiverio el día,  
queda adios, hermana mía.  
—Hermana mía, El te guarde.

## LAS DOS GRANDEZAS.

Uno altivo, otro sin ley,  
así dos hablando están:

—Yo soy Alejandro, el rey  
—Y yo Diógenes, el can.

—Vengo á hacerte mas honrada  
tu vida de caracol.  
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada,  
que no me quites el sol.

—Mi poder... —Es asombroso,  
pero á mí nada me asombra.

—Yo puedo hacerte dichoso.  
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,  
un palacio, y un dosel.

—¿Y para qué quiero casa  
mas grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás  
de oro y seda.—Nada, nada,  
¿no ves que me abriga mas  
esta capa remendada?

—Ricos manjares devoro.  
—Yo con pan duro me allano.  
—Bebo el chipre en copas de oro.  
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuando tú mandes.  
—¿Vanidad de cosas vanas!

(1) Un tomo en 8.º de mas de 200 páginas del que copiamos los siguientes á la ventura para que sirvan de muestra. Véase el anuncio en la plana cuarta de la cubierta.



¿Y á unas miserias tan grandes  
las llamais dichas humanas?

—Mi poder á cuantos gimen  
va con gloria á socorrer.

—¡La gloria! capa del crimen:  
crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra, iracundo,  
tengo postrada ante mí.

—¿Y eres el dueño del mundo  
no siendo dueño de tí?

—Yo sé que, del orbe dueño,  
seré del mundo el dichoso.

—Yo sé que tu último sueño  
será tu primer reposo.

—Yo impongo á mi arbitrio leyes.

—¿Tanto de injusto blasonas?

—Llevo vencidos cien reyes.

—¡Buen bandido de coronas!

Vivir podré aborrecido,  
mas no moriré olvidado.

—Viviré desconocido,  
mas nunca moriré odiado.

—¡Adios! pues romper no puedo  
de tu cinismo el crisol.

—¡Adios! ¡cuán dichoso quedo  
pues no me quitas el sol!

Y al partir, con mútuo agravio  
uno altivo, otro implacable,

—¡Miserable! dice el sábio;  
y el rey dice—¡miserable!

## CANTARES.

La amo tanto á mi pesar,  
que, aunque yo vuelva á nacer,  
la he de volver á querer,  
aunque me vuelva á matar.

Perdí media vida mia  
por cierto placer fatal,  
y la otra media darla  
por otro placer igual.

Prometo que te he de amar;  
pero me has de prometer  
que solo me has de engañar,  
si me dejas de querer.

Ni te tengo que pagar,  
ni me quedas á deber:  
si yo te enseñé á querer,  
tú me enseñaste á olvidar.

Si te ha absuelto el confesor  
de aquello del Cabañal,  
ó tú te confiesas mal,  
ó él te confiesa peor.

Cuando pasas por mi lado  
sin tenderme una mirada,  
¿no te acuerdas de mí nada,  
ó te acuerdas demasiado?

Cuando las penas ajenas  
mido por las penas mías,  
¡quién me diera á mí sus penas  
para hacer mis alegrías!

Corro de aquí para allí  
sin que halle mi afán parada,  
y no es porque busco nada,  
es que ando huyendo de mí.

El tiempo á todos consuela,  
solo mi mal acibara,  
pues si estoy triste se para,  
y si soy dichoso vuela.

## LOS PICHONES.

Los pichones son unas de las aves mas hermosas, mas sencillas, y mas comunes, y que mas sirven para el recreo y alimento del hombre. Se crían en todos los países del mundo. Los hay del campo, que se crían libremente y anidan en los árboles ó en las alturas de las torres y campanarios, y los hay caseros, de los que se conocen mas de doscientas especies distintas.—Son inofensivos, dulces, cariñosos, y no huyen cuando se aproximan los niños, que juegan con ellos.

Viven formando par en su nido, y hacen sus crias poniendo la hembra dos huevecitos que el macho empolla en la mitad del día mientras la hembra sale á buscar su alimento: despues reemplaza la hembra en esta tarea al macho en el resto del día, y siempre constantemente está uno de ellos cubriendo los huevecitos, para que con su calor se desarrolle el pichon dentro del huevo. Por un instinto concedido por la naturaleza, cuando el pichon se halla ya formado, rompe con su tierno pico la cáscara del huevo, saliendo de él. Los pichones son las únicas aves que beben sorbiendo el agua de un solo trago. El macho y la hembra retienen el alimento en el pico, y hacen pasar al piquito de sus hijos los alimentos que ellos han tomado, en un principio reducidos á sustancia por una operacion química que se ejecuta por el calor en su buche, y despues cuando son ya mayores les dan el alimento reblandecido solamente. El canto de los pichones se forma principalmente en su garganta por lo que es un sonido gutural que se llama *arrullo*. Ordinariamente nacen de cada postura de huevos, que son dos, un macho y una hembra. Los hermanos á su vez



forman nuevas parejas y se multiplican mucho, pues cada pareja hace por lo regular diez crías al año. Aunque se les dejen abiertas las puertas y ventanas del palomar vuelven constantemente á él. También hay pichones que tienen el instinto de atraer á otros, ó bien del campo ó de otros palomares, por lo que se llaman *ladrones*; conservan tanto



Los pichones.

el instinto de volver al palomar, que aun llevándolos á puntos muy distantes, vuelven inmediatamente á él, y este instinto ha dado margen á valerse de ellos, para comunicar noticias, convirtiéndolos en correos, atándoles al cuello un papelito ó cartita.—Los pichones son símbolo de la inocencia, del candor y de la hermosura.

EL CONDE DE FABRAQUER.